

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 241

Valencia, 30 de Septiembre de 1937

María Carbonell, 2

Ante la reapertura de las Cortes

"Con la República se han hecho incompatibles algunos diputados, no por sus ideas, sino por sus actos", dice el Presidente del Congreso, don Diego Martínez Barrio

La vida civil y política de la República tendrá mañana, día 1.º de octubre, una expresión más de su normalidad plena. El Parlamento, uno de los órganos fundamentales de la democracia española, reanudarán sus sesiones.

Pese a las atenciones de la guerra impuesta por la sublevación militar y luego por la invasión del fascismo internacional, sigue la República su obra rectora de los intereses nacionales. En realidad, pues, el hecho de la reanudación de las sesiones parlamentarias es una faceta más de esa vitalidad laboriosa del Estado republicano y, al mismo tiempo, una de las manifestaciones de la actividad del Parlamento que, por medio de su Comisión Permanente, ha estado de continuo atento a la resolución de los asuntos que le competían.

Por otra parte, el hecho de que a las próximas sesiones asistan varios diputados pertenecientes a partidos políticos que anteriormente al 18 de julio del 36 eran ya considerados como de significación conservadora, ha de ser tenido en cuenta como otra demostración de ese mismo estado de normalidad en el territorio español leal a la República.

Respecto a estos puntos concretos de que hablamos, hemos recogido del Presidente del Parlamento, don Diego Martínez Barrio, las siguientes manifestaciones, de tan sobria y austera expresión como plenas de concepto definidor del espíritu de la República española.

«LO QUE LA APERTURA DEL PARLAMENTO SIGNIFICA, EN ORDEN A LA NORMALIDAD EN LA VIDA DE LA REPUBLICA:

—Es la demostración de que los Poderes del Estado funcionan normalmente y con plenitud de autoridad.

El Gobierno, cumpliendo su deber, someterá a la institución parlamentaria toda su labor, y al término del examen general de ella, solicitará la ratificación de confianza. En la vida de la República esto es lo corriente y usual: es la coexistencia legal de los distintos órganos constitucionales.

INTERES QUE PUEDE TENER, COMO DEMOSTRACION DE ESA MISMA NORMALIDAD, LA ASISTENCIA A LAS SESIONES DE DIPUTADOS PERTENECIENTES A PARTIDOS CONSERVADORES:

—Prueba concluyente de que la España leal no es coto cerrado para nadie por razón de ideas. Con el Parlamento de la República y con la República se han hecho incompatibles algunos diputados, no por sus ideas, sino por sus actos.»

La situación de Alemania

Encontramos, a menudo, afirmaciones categóricas referentes a la manera en que está obligado a vivir el pueblo alemán, a la realidad o a la falacia de la miseria en la cual se debate una población de 70.000.000 de habitantes.

He aquí algunas cifras que nos han sido facilitadas con la garantía de un Banco importante y de M. Roger Picard, profesor agregado a la Facultad de Derecho de París, cuyo espíritu ponderado y observador aprecio.

La actividad industrial de Alemania aumentó en un ciento por ciento en 1936, con relación a 1932. Tiene importancia, pero, en la actividad interior. En lo que respecta al exterior, hay un aumento evidente, mas no tiene la misma envergadura. El balance del comercio exterior es de nuevo positivo. Para el año 1935, el excedente de las exportaciones sobre las importaciones es de ciento diez millones de reichsmarks. En 1936, se eleva a quinientos cuarenta y nueve millones; y para el primer trimestre de 1937, el excedente beneficiario es de ciento noventa y un millones cuatrocientos mil marcos. Multiplicad actualmente por diez y tendréis las cifras en francos. Son éstas sumas

considerables, que los franceses no podemos consignar con agrado.

Como es sabido, el comercio exterior alemán está absolutamente en manos del Gobierno, el cual no permite ninguna importación más que contra la exportación equivalente o superior.

Pero obsérvese que lo que ha aumentado como importaciones en Alemania, no son los artículos de primera necesidad. Así, las importaciones de productos alimenticios y de productos fabricados han disminuido. Lo que ha aumentado son las importaciones de determinadas materias: mineral de hierro, que ha pasado de tres a nueve millones de toneladas, cromo, gasolina, hierro colado, aleaciones de hierro, etcétera... que han aumentado de manera equivalente. Es decir, que lo que aumenta es la introducción de las materias necesarias al rearme.

Resulta de estas cortas referencias, que el manto de actividad señalado en Alemania proviene de la progresión creciente de su armamento.

De 1933 a 1935, los Departamentos de Guerra, Marina y Aire, han gastado ciento treinta mil millones de francos, contando el marco a diez francos franceses. En 1936, el

gasto es igual a los dos años anteriores; y Goering acaba de afirmar públicamente que Alemania trabaja día y noche en la fabricación de buques de guerra, que serán los más potentes del mundo.

Es, pues, el Estado, quien favorece este renacimiento. Hitler, al tomar el Poder, pidió cuatro años para resolver el paro. Pero aún está lejos de haberlo resuelto, puesto que en Alemania hay más de dos millones de obreros sin trabajo. ¿Pero cuáles estadísticas son exactas? ¿Qué son los campos de trabajo si no cuarteles de un nuevo estilo?

Se ha confesado oficialmente que el salario medio de la gran masa obrera es de ciento cincuenta marcos mensuales. Los cambios entre particulares, según los datos bancarios, han disminuido en un 33 por 100 en relación a 1935, que ya fué un año mezquino.

Aquellos que estén tentados de hablar de los beneficios aportados por el hitlerismo, deben meditar sobre estas cifras, que nadie, como puede suponerse, tiene derecho a criticar en Alemania.

En el pasivo del Estado, de su deuda pública, es donde deben inscribirse tanto el rearme como las grandes obras de Alemania.

El rearme no podrá, ello es evi-

El Papa
denuncia los
peligros que
amenazan la civiliza-
ción cristiana y ataca,
aunque sin gallardía,
al fascismo

UNA ENCICLICA

PARIS. — Comunican de la Ciudad del Vaticano que el Papa ha publicado una Enciclica en la que denuncia los peligros que amenazan a la civilización cristiana.

El documento es objeto de vivos comentarios en los círculos políticos y religiosos, pues si bien declara, una vez más, que uno de estos peligros está constituido por el Comunismo, añade "que no lo son menos ciertas reacciones contra el Comunismo que, por el culto del Estado y el deseo de restaurar el orden y la autoridad públicos, hacen olvidar la prudencia y sabiduría del Evangelio y revivir los errores y costumbres paganos".

Se ve en esta segunda parte de la Enciclica una clara pero poco gallarda alusión de la Iglesia a los regímenes fascistas y especialmente al nacionalismo, en lucha abierta actualmente con la influencia católica en Alemania.—Fabra.

(«De la Voz Valenciana». — 29-IX-37)

dente, continuar mucho tiempo a ese ritmo, que es contrario al buen sentido.

Es verdad que el Estado ha partido de casi cero después de la catástrofe de la inflación. Cuando haya agotado toda su capacidad de empréstitos, ¿qué sucederá?

Aquí es donde comienza el misterio.

FERNAND CORCOS

(«Le Sud-Ouest», 17-IX-37.)

Etiopía quiere escapar al yugo italiano

DJIBUTI, 27. — Según noticias llegadas a esta capital, han estallado sucesos sangrientos y manifestaciones contra los invasores italianos en Makallé, Abxem y Adua.

Además, parece que reina la inquietud en la mayor parte de las poblaciones abisinias.—Fabra.

El catedrático de Medicina, doctor Cañizo, asesinado por los fascistas

Cuando el año pasado se produjo la militarada, hallábase veraneando en Segovia, el catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid doctor Cañizo. Era un prestigio de internacional renombre, un verdadero sabio, una gloria española.

Pero, ¡ay!, sin intervenir en política era también un hombre liberal, y esto le perdió con los fascistas.

Primero fué detenido y encerrado en la cárcel de la capital; luego, entre guardias civiles, se le

condujo a Salamanca, donde antes que en Madrid, desempeñó una cátedra, siendo amigo inseparable de Unamuno.

Allí, en un cautiverio criminal, obligándole a comer rancho, sin permitirle que recibiera visitas, amenazándole de continuo con fusilarse, le tuvieron cuatro o cinco meses, hasta que, al fin, «para dar ejemplo», en una ceremonia, a la que se obligó a acudir a varios catedráticos «adudosos», se le fusiló efectivamente...

(«La Libertad», Madrid, 29-9-37.)

La odisea de unos excursionistas franceses por el "paraíso" de Franco

PARIS, 27.—Comunican de Hendaya, que han llegado a dicha localidad, procedentes del campo fascioso y en un estado de miseria, los cuatro excursionistas franceses que hace unas semanas se perdieron en los Pirineos y fueron detenidos por los falangistas. Estos cuatro excursionistas, después de estar encerrados sin ninguna clase de consideración en un inmundo calabozo durante varios días, fueron obligados a trabajar en unas fosas abiertas para enterrar las víctimas del sadismo de los partidarios de Franco.

El calvario de estos excursionistas ha durado treinta y seis días. No es preciso decir la forma cómo se expresan a propósito de los procedimientos empleados en la España rebelde.—Fabra.

La tripulación del vapor "Masiria" se niega rotundamente a transportar una carga para los facciosos

ESTOCOLMO, 28. — Informaciones de Génova dan cuenta de que la tripulación del vapor sueco «Masiria», al saber que dicho barco transportaba carga para los facciosos de Málaga, bajaron a tierra, negándose en rotundo a embarcar mientras estuviera a bordo dicha carga. El capitán avisó a la Policía italiana, la cual ha detenido a los quince marineros que componen la tripulación del barco sueco.—Aima.

En cuarta página:

...y ellos se juntan

Hay que acabar también con nuestros fascistas

Los diarios de derecha afectan tomar en broma las revelaciones que se refieren a los *cagoulards*; desde que han sido atrapados, parece ser que los desautorizará todo el mundo, y, además, se nos explica que sus manejos constituían, a lo más, niñerías.

Niñería, evidentemente, el hecho de comprar cargadores de pistola ametralladora; niñería el hecho de constituir *stocks* de granadas; y niñería más encantadora aún el día en que disparaban las ametralladoras y explotaban las granadas.

Pero nosotros, que tenemos otra idea del buen humor, felicitamos al ministro del Interior por haber actuado con rapidez y decisión y contamos con él para proseguir enérgicamente la obra emprendida.

Es, en efecto, innegable que si las ligas facciosas han sido legalmente disueltas, la actividad facciosa no se ha interrumpido.

Hemos señalado ya estas extrañas maniobras motorizadas a las que se entregan periódicamente las ex Cruces de Fuego: orden a cincuenta o cien autos de encontrarse en tal carretera, en tal punto y de esperar allí las órdenes; llegada de estas órdenes y salida en tromba hacia una localidad determinada; arenga inflamada en una propiedad privada y consignas misteriosas dadas a los jefes: se pregunta qué relación puede tener esta clase de actividades con la propaganda política y la libre discusión de las ideas.

Hoy, se nos revela que, mientras algunos se ocupan así de reclutar y de movilizar las tropas, otros se dedican a la tarea de comprar y almacenar las municiones. con todos los republicanos de este país, declaramos que la medida está llena y que la ley, si es preciso, debe intervenir para poner fin a estos trabajos preliminares de la guerra civil.

Que no se nos conteste que los fascistas, desacreditados y ridiculizados, han cesado por esto mismo de ser temibles. No hemos temido jamás a los fantoches de los cuales los ex nacionales han tratado grotescamente de hacer grandes hombres.

Sabemos que detrás de ellos se encuentran siempre todas las fuerzas monetarias de este país, y, sobre todo, sabemos que se ha producido una gran novedad: el fascismo francés trabaja de acuerdo con el fascismo extranjero.

Esto no se había visto aún nunca. Los «boulangistes» y los «nacionalistas» han dado el asalto a la República y a las libertades democráticas. Al menos permanecen verdaderamente franceses. Cuando un hombre como Deroulede trata de lanzar un general sobre el Elysée, nadie sospechaba que pudiera actuar por cuenta de una potencia extranjera o en relación con ella. Hoy todo ha cambiado. Los antiguos «nacionalistas» han vuelto cínicamente al estado de espíritu de Coblenz. No cesan

de alabar a Hitler. Nos lo ofrecen como modelo. Aplauden fuertemente cuando el fascismo extranjero se instala en las Baleares y corta nuestras comunicaciones con África del Norte. Defienden a los que detienen o atacan nuestros barcos en el Mediterráneo. En fin, y sobre todo, ensalzan al felón Franco, que, para matar la libertad, no se ha avergonzado de entregar su patria a las tropas alemanas e italianas, y que hoy hasta discute con Mussolini cuáles son los mejores medios para destruir Madrid.

Cuando las derechas ensalzan la suerte del hombre que entrega su país al extranjero, no es temerario el creerlos capaces de imitarles; pero no nos redujimos a las suposiciones: en efecto, cuando se examina algunos papeles que los *cagoulards* no han tenido tiempo de hacer desaparecer se encuentran las trazas de sus relaciones con el extranjero y se ha comprobado que cuando uno se hacía molesto o comprometedor, encontraba la muerte en Italia.

El caso de los *cagoulards* no es, ciertamente, el único. Hay, en el Sudoeste, una banda de hombres de extrema derecha que son, a la vez, los agentes de Franco y los autores de un nuevo seis de febrero. Hay en pleno París fascistas italianos que abusan de la hospitalidad francesa para organizar violentas campañas contra el Frente Popular. Hay agentes del Ministerio alemán de Propaganda que

encuentran en la capital los concursos más imprevisibles.

Tampoco es un secreto para nadie que el nuevo golpe que se prepara contra la República no será como el del seis de febrero, un golpe llevado a cabo por los jefes reaccionarios y las potencias monetarias: será un golpe realizado con el apoyo moral y material de Hitler y de Mussolini.

Y he aquí por qué nosotros tenemos que estar en guardia; he aquí por qué el ministro del Interior tiene que ir hasta el fin en la lucha que acaba de emprender; he aquí por qué el Frente Popular, unánimemente, debe exigir la acción tenaz y eficaz contra los promotores de alborotos y golpes de fuerza.

La Historia nos demuestra lo peligroso que resulta el dar pruebas de debilidad y el intentar arreglos con los facciosos. Varios meses antes del golpe de Franco, el Gobierno republicano de España fué advertido de una conjuración que se urdía contra él con la ayuda de Italia. Los hombres de Estado que estaban entonces en el Poder, declararon que lo que se les revelaba era inverosímil, que jamás los españoles pactarían con los extranjeros, y, seguros de esta convicción, trataron desdenosamente lo que debía ser tratado con la más rigurosa vigilancia. Ya se conoce el resultado. Debe servirnos de lección.

El plan de los facciosos de hoy es visible: organización del pánico financiero; después, nuevo seis de febrero, apoyado por Alemania e Italia. Contra este plan, debe actuar preventivamente la administración republicana. No basta disolver por decreto las agrupaciones fascistas, es preciso vigilar atentamente su actividad, detener a todos los

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

que compran armas y a todos los que son agentes de Hitler, Mussolini o Franco; es preciso, en fin, que una nueva ley persiga implacablemente a todos los que con la ayuda del extranjero preparan la guerra civil y la efusión de sangre francesa, y, es preciso prohibir a los diarios bajo graves penas el recibir dinero de los Gobiernos extranjeros.

Todo el esfuerzo de la derecha tiende a disminuir el efecto profundo que han producido en nuestros departamentos las revelaciones concernientes a los *cagoulards*; en efecto, nuestros reaccionarios comprenden cuánto les dañan estas revelaciones en la víspera de las elecciones cantonales. Pero los republicanos no se deben dormir. Los candidatos del Frente Popular deben hacer saber a todo el país el sucio trabajo de los que compran granadas y pistolas ametralladoras; la administración republicana debe proseguir atentamente su encuesta y atacar, más allá de los *cagoulards* a todos los que preparan contra la República y la libertad el golpe de Franco.

ALBERT BAYET

(«La Lumière», 24-IX-1937.)

La carta colectiva de los obispos facciosos

Réplica, por José Manuel Gallegos Rocaful, Canónigo de la Catedral de Córdoba

(Conclusión)

La doctrina de los Obispos

No todo lo que dicen los obispos está sujeto a rectificación. A veces consiguen superar la pasión partidista y entonces repiten la doctrina auténtica de la Iglesia. En su carta hay enseñanzas tan categóricas como ésta:

«Conste antes que todo, ya que la guerra pudo verse desde que se atacó ruda e inconsiderablemente al espíritu nacional, que el Episcopado español ha dado, desde el año 1931, altísimos ejemplos de prudencia apostólica y ciudadana. Ajustándose a la tradición y siguiendo las normas de la Santa Sede, se puso resueltamente al lado de los poderes constituidos, con los que se esforzó en colaborar para el bien común. Y, a pesar de los repetidos agravios a personas, cosas y derechos de la Iglesia, no rompió su propósito de no alterar el régimen de tiempo atrás establecido: «etiam dyscolis». A los vejámenes respondimos siempre con el ejemplo de la sumisión leal en lo que podíamos; con la protesta grave, razonada y apostólica cuando debíamos; con la exhortación sincera que hicimos reiteradamente a nuestro pueblo católico, a la sumisión legítima, a la oración, a la paciencia y a la paz. Y el pueblo católico nos secundó, siendo nuestra intervención valioso factor de concordia nacional en momentos de honda conmoción social y política.»

Y porque, efectivamente, fué esto lo que nos enseñaron, hubo muchos católicos que hicieron de la sumisión a los poderes legítimos la clave de su conducta política; por eso fué aún mayor su asombro al estallar la rebelión y comprobar que políticamente estaban contra sus obispos, a pesar de que seguían fieles a lo que ellos les había enseñado. ¿Por qué la doctrina que «se ajusta a la tradición de la Iglesia y a las normas de la Santa Sede», fué olvidada por los obispos en un mo-

mento determinado? ¿Por qué dejaron de ser, cuando más falta hacía, un factor de concordia nacional y se aliaron con los militares rebeldes? ¿Cuál hubiera sido el porvenir del catolicismo en España y aun la suerte de tantos sacerdotes muertos, si los obispos, en vez de proclamar la guerra santa, siguieran exhortando a «la sumisión legítima, a la oración, a la paciencia y a la paz»?

Ellos mismos reconocen que éste era su deber. «Al estallar la guerra —declaran— hemos lamentado el doloroso hecho más que nadie, porque ella es siempre un mal gravísimo que muchas veces no compensan bienes problemáticos, y porque nuestra misión es de reconciliación y de paz: «et in terra pax». Desde sus comienzos hemos tenido las manos levantadas al cielo para que cese. Y en estos momentos repetimos las palabras de Pío XI, cuando el recelo mutuo de las grandes potencias iba a desencadenar otra guerra sobre Europa: «Nos invocamos la paz, bendecimos la paz, rogamos por la paz. Dios nos es testigo de los esfuerzos que hemos hecho para aminorar los estragos que siempre son su cortejo. Con nuestros votos de paz juntamos nuestro perdón generoso para nuestros perseguidores y nuestros sentimientos de caridad para todos. Y decimos sobre los campos de batalla a nuestros hijos de uno y otro bando la palabra del apóstol: «El Señor sabe cuánto os amamos a todos en la entrañas de Jesucristo.»

Pues si tanto quieren la paz, ¿por qué hacen la guerra? Y, ¿por qué cuando estalló la rebelión, no la condenaron y trataron de sofocarla en vez de alentarla y bendecirla? Y, ¿por qué ahora en vez de hacer un llamamiento por la paz, hacen un acto de beligerancia, defendiendo desesperadamente al rebelde Franco? ¿Qué iniciativas han tenido en favor de la paz o qué sacrificios están dispuestos a hacer para alcanzarla? Y si es verdad que aman a todos, ¿por qué obran como si odian a los de un bando? ¿Por qué no se esfuerzan en comprenderlos, en hacerles justicia, en evitarles los males gravísimos que se derivan de la guerra? Y en estos mismos momentos en que el Gobierno de Valencia entra decididamente en el camino de la libertad de cultos, y autoriza a los sacerdotes a celebrarlos, ¿por qué responden a este intento de pacificación religiosa con esta carta agresiva?

«Dios sabe que amamos las entrañas de Cristo —declaran— y perdonamos de todo corazón a cuantos, sin saber lo que hacían, han inferido daño gravísimo a la religión y a la patria. Invocamos ante Dios y en favor de ellos los méritos de nuestros mártires... Rogad —les piden a los obispos del mundo entero— que en nuestro país se extingan los odios, se acerquen las almas y volvamos a ser todos unos en el vínculo de la caridad.»

Pero, ¿no sería mucho mejor que empezaran ellos mismos por hacer algo de lo que les piden a los obispos extranjeros? Si todos son hijos suyos, ¿por qué no tienen una palabra piadosa para los que han muerto del otro bando en los campos de batalla, defendiendo lo que ellos creen una causa justa? Y si se acuerdan de sus mártires, ¿por qué no dedican un recuerdo a los millares de obreros asesinados en la retaguardia por sus aliados? Y si no quieren que desaparezcan los odios, ¿por qué no empiezan por limpiarse del que en su carta rebosa para los gubernamentales? Si buscan que las almas se acerquen, ¿por qué no hacen un intento de aproximación invocando la caridad cristiana en favor de los huérfanos inocentes que la rebelión militar ha dejado sin hogar y confiados a la generosidad extranjera? ¡Ah, si los obispos españoles sintieran hondamente eso mismo que dicen!

El testimonio de los Obispos

Pero parece que les preocupa mucho más que no se hayan «comprendido nuestros sufrimientos». «No se nos ha hecho siquiera el honor de considerarnos víctimas». Y para que como tales les considere el mundo, dan su testimonio, que ya por este solo hecho sería sospechoso. Van, no a exponer lisa y llanamente la verdad, sino a abogar por su causa personal.

El testimonio con que tratan de defenderla versa sobre dos puntos: los antecedentes de la guerra y los caracteres que ésta presenta del uno y del otro lado. Para los obispos, los antecedentes de la guerra son: 1) la legislación laica de la República; 2) los desmanes cometidos en mayo del 31, en octubre del 34 y de febrero a julio del 36; 3) el falseamiento del resultado de las elecciones de febrero, que dieron el triunfo al Frente Popular; y 4) la influencia de Rusia.

Para los obispos no han tenido, por lo visto, ninguna influencia, ni en la génesis de la guerra ni en su desarrollo, hechos tan significativos como éstos: primero, el odio entrañable que profesaban al régimen republicano, capitalistas, aristócratas, militares, terratenientes y ellos mismos, secundados por gran parte del clero y la casi totalidad de las órdenes religiosas; segundo, la represión de la revolución de Asturias, en la que, no solamente fueron fusilados sin procedimientos judiciales de ninguna clase millares de obreros, sino que en toda España, como represalias, se condenaron al paro forzoso y al hambre grandes núcleos de la población obrera; tercero, la desatentada política de derechas del bienio Lerroux-Gil Robles, en el que, a la vez que se derogaban casi todas las reformas sociales que había

LA GUERRA EN ESPAÑA

II

La rebelión de Franco fué, inmediatamente, rechazada por la gran masa de la nación española. En las ciudades más importantes, como Barcelona, Madrid, Valencia, Bilbao y Alicante, en centenares de pueblos grandes y pequeños, los ciudadanos, que sólo estaban armados de un modo rudimentario, lograron vencer a las tropas y declararon abiertamente su hostilidad contra el general Franco.

Durante la primera fase de la insurrección, en la segunda mitad de julio y comienzos de agosto, Franco había perdido verdaderamente la guerra civil. El pueblo se volvió contra él y luchó con éxito contra los soldados españoles amotinados. Pero los rebeldes estuvieron pronto en condiciones de transportar a España tropas no españolas, y con los aviones alemanes e italianos, puestos a la disposición de Franco a los tres días de insurrección, la situación cambió.

El Ejército leal estaba compuesto por milicianos de la localidad que se alistaron porque querían luchar contra el fascismo, en pro de una nueva España, pero de ninguna manera porque poseyeran alguna cualidad militar. Desde las guerras napoleónicas, España no había participado en ninguna contienda extranjera. El pueblo no estaba acostumbrado y no tenía tampoco una psicología militar. El número de individuos que anualmente se llamaban para hacer el servicio militar, era muy restringido. Casi todos los oficiales, así como el noventa por ciento de los suboficiales, y, forzadamente, los soldados que mandaban, se pasaron al lado de Franco, cuando éste faltó a su juramento. Los milicianos tenían entusiasmo y abnegación por la causa de la Re-

pública, pero ninguna experiencia y pocas armas.

A los seis meses de guerra, aún no tenían los milicianos un material eficiente. La escasez de fusiles fué, en los primeros meses, la causa de muchos contratiempos.

En estas circunstancias, el ejército de Franco no encontró ninguna resistencia en su rápido avance desde Badajoz a Mérida, Cáceres, Talavera de la Reina y Toledo, hasta las afueras de Madrid. El 6 de noviembre, los rebeldes llegaban a las puertas de la capital.

En el intervalo, los rebeldes habían organizado un Gobierno en Burgos. Por decretos oficiales de 3 de agosto, del 26 y 28 de septiembre, fueron anuladas las reformas agrarias establecidas por Azaña a principios del año, y toda la tierra que se había distribuido a los campesinos fué devuelta a sus propietarios. Un decreto puso fin a la enseñanza laica. Por otra parte, la enseñanza religiosa se hacía obligatoria en todas las escuelas del territorio dominado por la facción. Al mismo tiempo, el estandarte monárquico reemplazó a la bandera de la República. Franco mostró, una vez más, lo que era; miraba hacia atrás. El pueblo español conocía muy bien a la familia Franco. Este no tenía necesidad de prometer nada a los españoles, quienes adivinaban, por su pasado, cómo sería en el porvenir. La nación, en su mayoría, había rechazado a Franco y a los reaccionarios de su especie el 16 de febrero de 1936. Los había rechazado en julio reprimiendo a sus tropas amotinadas en Barcelona, en Madrid y en otros sitios. Diariamente las rechazaba en todas las formas. Cada día, en España, constituía, de hecho, una jornada electoral. Hay muchas maneras de

votar; Lenin decía un día, que en 1917, «el ejército zarista votó por la paz con las piernas; corrió fuera de las trincheras». Muy a menudo, cuando yo recorría las provincias españolas durante la guerra civil, los campesinos que trabajaban en sus campos, abandonaban el arado, al divisar el coche, levantaban el puño cerrado y gritaban: «¡Salud!» Estos campesinos no me conocían, pero expresaban bien claramente su sentimiento, se encontraban en la necesidad imperiosa de defender la democracia española.

En el mes de septiembre, y en el de octubre, cuando Franco seguía regularmente su avance sobre Madrid, vi cómo se evacuaban diariamente pueblos enteros ante la invasión enemiga. Cuando Franco se acercaba a un pueblo, casi todos sus habitantes amontonaban sus pobres ajueres en un carrito, instalaban encima a las viejas y a los niños y se ponían en camino hacia Madrid. Marchaban sin saber adónde. Dormían al borde de la carretera; no tenían ni alimentos ni dinero; no sabían qué les traería el día siguiente. Sólo sabían una cosa: que no querían vivir con Franco. Su evacuación era un voto de confianza para los leales y una muestra de repulsa hacia los rebeldes.

La defensa de Madrid fué también un plebiscito. El general Mola había asegurado que tomaría café el día 12 de octubre, fiesta de la Raza, en Madrid. Franco, con esta manera, del más puro estilo español, de anunciar previamente el resultado de las operaciones militares, declaró que tomaría Madrid el 7 de noviembre, para festejar el aniversario de la re-

volución bolchevique. Por fin, los rebeldes, anunciaron oficialmente que los moros entrarían el día de Navidad, en la capital. A pesar de ello, Madrid sigue en pie.

El milagro de Madrid no puede explicarse más que por la actitud de la población civil. Cada noche, durante el asedio, cuando habían cesado los ruidos de la circulación, podía oír desde mi ventana la crepitación de las ametralladoras y las detonaciones de los fusiles. Donde quiera que en Madrid se estuviese, bastaban veinte minutos de marcha para llegar a las trincheras. He visto mujeres, vestidas de negro, haciendo cola en las primeras horas de la mañana, para poder conseguir raciones de guisantes, arroz, aceite y pan. No muy lejos, sus maridos, sus hermanos o sus hijos, estaban bajo el fuego de los rebeldes. Los niños menores quedaban en casa; quizá a su vuelta encontrarían sus cuerpos destrozados y aplastados en el hogar bombardeado por los aviones italianos y alemanes.

Los bombardeos enemigos han arrojado bombas sobre estas colas de mujeres, bombas cargadas con 50, 100 o 250 kilos de explosivos. Estas mujeres de Madrid son mártires o heroínas. Tanto las mujeres como los hombres, votan negativamente, con su actitud, contra el ejército de Franco.

He aquí un plebiscito sellado con sangre, una democracia pagada con un enorme sacrificio de vidas humanas. Pero en Madrid no reina el desaliento, sino el fervor y la confianza en la victoria. Cuan-

do los soldados desfilan por las calles camino del frente, estas mujeres enlutadas les saludan con el puño en alto, gritando: «¡No pasarán!». Los combatientes ejecutan una orden de la población civil, defendiendo la capital contra los rebeldes: «Madrid será la tumba del fascismo», se lee en las esquinas de la población; esa leyenda se leía ya en los días en que Franco se acercaba a la capital. El espíritu reinante en la población civil ha aumentado la capacidad de resistencia de los soldados leales que combatían en la afueras; los hombres no podían mostrarse menos valientes que las mujeres.

Franco procedía con los Junkers y los Caproni a bombardear pueblos o posiciones gubernamentales y seguidamente sus fuerzas se precipitaban para apoderarse de ellas. En octubre hicieron su aparición los tanques italianos. Franco gozaba de superioridad en artillería, ametralladoras y fusiles. Desde hacía varios meses el Comité de No Intervención venía funcionando en Londres. Alemania, Italia y Portugal habían firmado el acuerdo que prohibía todo envío de municiones a España, pero el Comité se había convertido en una burla y todo el mundo sabía que el acuerdo se violaba. Es decir, que mientras que Francia e Inglaterra y las demás naciones neutrales se negaban a facilitar armas al Gobierno legalmente constituido, que según todos los principios del Derecho internacional podía reclamar esta ayuda, los Estados fascistas no cesaban de procurar a los rebeldes aparatos de guerra. Cualquiera que fuese su

(Continúa en la página siguiente)

hecho la República, se dieron los mayores casos de inmoralidad pública que registra la vida española; cuarto, la intervención directa y activa de la Iglesia en la política, con motivo de las elecciones de febrero (como prueba de ella, tan sólo estos dos hechos: casi todos los obispos publicaron pastorales contra el Frente Popular; hasta las religiosas de clausura fueron sacadas de sus conventos para que votaran contra el Frente Popular); quinto, la actitud francamente subversiva de los falangistas, que organizaron motines, atentados, huelgas, regatas... y se dispusieron a conseguir por la fuerza lo que les había negado la voluntad popular; sexto, la legítima aspiración de la clase obrera de ocupar en la dirección política y social de la nación el puesto a que tiene derecho por su número, por su capacidad y por su aportación al bien común; séptimo, el abandono, la traición, la cobardía, la negligencia de las clases directoras, preocupadas tan sólo de conservar sus privilegios y dispuestas siempre a oponerse por todos los medios a su alcance a la emancipación económica y política del pueblo. La sociedad española estaba francamente desorganizada y la República cambió el régimen político sin modificar a fondo la organización podrida que había bajo él.

A estas causas podrían añadirse otras muchas, porque los orígenes de la guerra son mucho más complejos de lo que creen los obispos españoles. Pero ateniéndonos a lo que ellos dicen, hay que hacer constar: primero, que la legislación laica de la República, en gran parte perfectamente admisible desde el punto de vista católico, puesto que es la misma que está en vigor en muchos países con relaciones amistosas con la Santa Sede, jamás fué aplicada en España, donde el culto se celebraba con toda libertad y hasta la enseñanza de las Ordenes religiosas proseguía sin más que ligeras modificaciones de pura fórmula; segundo, que los incendios de iglesias de mayo del 31 fueron la reacción del pueblo contra la pastoral monárquica del cardenal Segura y duraron tan sólo dos o tres días, sin que se hiciera daño a persona alguna; la revolución de Asturias fué un juego de niños en comparación con la feroz represión que de ella hizo el Gobierno de derechas; y los disturbios de febrero a julio de 1936 son, aun admitiendo las cifras que dan los obispos, incomparablemente menos sangrientos que un solo día de guerra, y ya llevamos de ella más de un año; tercero, que el resultado de las elecciones fué libremente discutido en el Parlamento, en el que había unos doscientos diputados de derechas, y a ninguno de ellos se le ocurrió recusar al Gobierno como ilegítimo, sino que todos los reconocieron como órgano auténtico del Poder público; cuarto, que para probar la

influencia rusa en los orígenes de la guerra hace falta algo más que decir que «a raíz del triunfo del Frente Popular, el Komintern ruso decretaba la revolución española y la financiaba con exorbitantes cantidades». No conocemos las actividades del Komintern; pero es bien claro que precisamente a raíz del triunfo del Frente Popular, que le daba el Poder, era cuando menos oportuna parecía una revolución. Además, la misma táctica de creación del Frente Popular, ¿no implica renunciar a la revolución y obtener dentro de la ley los medios de continuar la propaganda e influir en la legislación?

Es pena que cuando los obispos se ponen a testificar sobre hechos se fien de informaciones tendenciosas, partidistas, anecdóticas, que por lo menos desfiguran la verdad, ocultando cuidadosamente lo que no les conviene. Y lo mismo sucede en el testimonio que dan sobre los caracteres de la guerra. Dicen los obispos que, por parte de los gubernamentales, es «excepcional en la historia», «una hecatombe premeditada», «una cruelísima», «inhumana», «bárbara», «contra el derecho de gentes», «antiespañola» y «antihumana». En cambio, de la rebelión militar afirman que es «un movimiento nacional», que «ha fortalecido el sentido de la patria», «ha garantizado el orden; y, no atreviéndose ya a llamarlo cristiano —al movimiento— dicen que dentro de él «se ha producido el fenómeno maravilloso del martirio».

Si fuera menos ciega la pasión partidista de los obispos verían que casi todos sus epítetos son perfectamente transferibles del uno al otro bando. Bárbara, antihumana, anticristiana, antispañola, cruelísima y excepcional en la historia es la manera como los militares están haciendo la guerra e imponiendo el orden, ese famoso orden, en la retaguardia. Algo de ello conocen los obispos, puesto que escriben palabras como éstas: «En Mallorca han muerto impenitentes sólo un dos por ciento de los comunistas fusilados; en las regiones del Sur no más de un veinte por ciento, y en las del Norte no llegan tal vez al diez por ciento». ¿Por qué no son más explícitos los obispos en este punto tan significativo? ¿Por qué no dan cifras absolutas en vez de limitarse a ese porcentaje? ¿Por qué murieron en la retaguardia todos esos hombres? ¿Cuál fué su crimen y cuál el tribunal que los condenó? ¿Por qué no dicen que para facilitar su «conversión» se les decía que se les perdonaría la vida si se confesaban? ¡Lástima grande que los obispos no puedan o no quieran completar su testimonio! Porque de todo esto podían dar datos precisos. En cambio, ignoran por completo los daños que los militares han hecho en la otra zona y no saben que su «movimiento nacional» ha destrozado casi por completo a la nación, que los que «fortalecen el sentido de la patria» han utilizado

tropas marroquíes y aviones italianos y alemanes para que se despierte en el pueblo con más fuerza que nunca el sentimiento de la independencia nacional, y que si hay mártires de una parte —cuestión muy dudosa que habría que probar—, por la otra hay millares de héroes que sacrifican su vida por la libertad y la independencia de la patria.

En vez de informarse seriamente, los obispos prefieren dar como buenos los informes de la propaganda facciosa e incurren en falsedades manifiestas, como la de decir que «las famosas colecciones de arte de la Catedral de Toledo, del Palacio de Liria y del Museo del Prado han sido torpemente expoliadas», cuando ha sido la admiración de propios y extraños el cuidado, el mimo con que, aun en los días de mayor exaltación revolucionaria, el pueblo de Madrid veló por los tesoros artísticos del Palacio de Liria y del Museo del Prado, en los que no ha habido más destrozos que los causados por los aviones rebeldes, ya bien avanzada la guerra.

Da indignación y pena ver a los obispos por este camino, que es impropio de ellos. La cuestión se les plantea en otro terreno. ¿Es lícita o no la rebelión contra el Poder legítimo? ¿Pueden los católicos permanecer junto a su pueblo, fieles al Gobierno, o deben sumarse a la rebeldía? ¿Pueden defender su libertad y su independencia, o tienen que someterse a la opresión y a la invasión extranjeras? ¿Pueden en conciencia legitimarse la traición de los generales, su empeño en sustituir la fuerza por el derecho y los horrores que su rebelión ha causado? ¿Es de paz o de guerra la misión de la Iglesia? ¿Qué es preferible, el martirio o el empleo de la violencia? ¿Es el cristianismo odio o amor? ¿A los extraviados hay que convencerlos o exterminarlos? ¿Son los obispos los representantes de Cristo o los propagandistas de Franco?

Ante el mundo, que ya los ha juzgado, los obispos españoles alzan de nuevo su voz belicosa. Que Dios se apiade de la Iglesia española.

Posteriormente se ha conocido la carta que el doctor Gomá ha enviado a los Obispos para que firmasen el documento. En ella se declara que la iniciativa de la carta colectiva ha sido del rebelde Franco. No se trata, pues, de una acción espontánea de los Prelados, sino de una maniobra política de gran vuelo tramada en Salamanca en vista del movimiento adverso de una parte considerable del catolicismo mundial. Toda la argumentación, ya de por sí endeble, del documento, cae por su base si se considera su turbio origen.

La guerra en España

(Continuación)

intención, el efecto del Pacto de No Intervención fué desastroso para los leales.

En vista de ello, el 7 de octubre, el representante del Gobierno soviético en el Comité de No Intervención de Londres, hizo saber que si no se daba fin a estas violaciones, Moscú se consideraría libre de sus compromisos.

Los leales carecían de tropas de choque, formadas por combatientes experimentados. Varios meses después de la rebelión de Franco, se organizó una Brigada Internacional en la que se enrolaron antiguos combatientes de la Gran Guerra, y hombres entrenados en el servicio militar. Todos ellos habían luchado contra el fascismo en sus respectivos países. Acudían, abandonando las Universidades, sus empleos seguros, sus granjas, sus talleres o sus fábricas. Al lado de los proletarios endurecidos en la lucha por la vida, vimos llegar a Ludwing Renn, ex aristócrata alemán, prisionero de los nazis y novelista célebre; a Luckas, escritor húngaro, antiguo combatiente de la gran guerra a quien se le elevó al grado de general; a Ralph Fox, escritor comunista inglés, autor de una biografía de Lenin; a varios poetas ingleses; al hijo de un contralmirante británico y a otros muchos. Los españoles aprendieron a querer a sus camaradas extranjeros. La importancia numérica de la Brigada Internacional ha sido enormemente exagerada, en parte, para intentar justificar el envío a España de nutridos contingentes de infantería alemana e italiana.

No había transcurrido un mes, desde el comienzo del sitio de Madrid, cuando ya se hizo evidente que Franco no podría tomar la ciudad con las fuerzas de que disponía. Poseía enormes depósitos de armas y de pertrechos, pero muy pocos hombres. Los moros y la Legión extranjera estaban diezmados por sus repetidos ataques. Hacia mediados de diciembre de 1936, Franco había perdido la guerra por segunda vez. No podía avanzar, y esta imposibilidad era desastrosa para él. Recurrió a Italia y a Alemania para obtener soldados. Casi todos los pilotos y los conductores de tanques de Franco eran ya alemanes e italianos. Asimismo lo eran muchos de sus ametralladores. Pero las potencias fascistas no habían enviado aún a España efectivos de combate en masa. Franco los pidió entonces, y Hitler y Mussolini consintieron en enviárselos. No hay temor a equivocarse al afirmar que Alemania no envió a las filas de Franco menos de veinte mil soldados entrenados, mientras que Mussolini se mostró más generoso, enviando quizá ochenta o noventa mil. Portugal mandó también su pequeña participación. Si alguien podía dudar de buena fe del papel desempeñado por Italia en la rebelión de Franco, Mussolini le ha sacado, graciosamente, de dudas, escribiendo en «Il Popolo d'Italia», el 26 de julio de 1937, que «en esta gran lucha en España se ha puesto frente a frente dos tipos de civilización y dos conceptos del mundo: la Italia fascista no se ha mantenido neutral, sino que ha luchado y la victoria será también suya».

El Gobierno de Valencia ha declarado públicamente que posee la prueba de unas conversaciones mantenidas en 1934, en Roma, entre Mussolini y unos políticos reaccionarios españoles, en las que el duce se comprometió a prestar su apoyo para el derrumbamiento por la fuerza de la República española para la restauración de la monarquía. Algunos hechos apoyan la hipótesis de que Alemania e Italia habían sido informadas previamente del golpe de Estado proyectado por Franco. El general Sanjurjo se encontraba en Berlín poco antes del 17 de julio; el mismo Franco estaba igualmente relacionado con representantes alemanes.

Hay razones para creer en un compromiso y una complicidad preliminares. Se sabe, que tres días antes de que estallara la rebelión, Italia mandaba a Franco, al Marqués español, seis aviones militares; tres de ellos se estrellaron en la zona francesa y el gobernador general en el informe que dió a París sobre la naturaleza de los aparatos, declaró que los pilotos recibieron orden de marchar el 15 de julio («Manchester Guardian», 16 marzo 1937). Aviones alemanes e italianos transportaron moros desde África a España, en la segunda quincena de julio. La situación, por consiguiente, se reduce a esto: en cuanto un general desleal se alzó contra su Gobierno, hubo dos potencias extranjeras que estuvieron dispuestas a facilitarle lo necesario para vencer. Cuando, además del material militar, Alemania e Italia hubieron enviado a España regimientos enteros de soldados, bien entrenados, el mundo se encontró ante la invasión de un Estado extranjero que no era culpable de ningún crimen ni de la más mínima ofensa hacia ninguno de los Gobiernos invasores. Los recientes sucesos de España, son, en cuanto a violación abierta y cínica de las leyes, de los Reglamentos y de los Pactos, no encuentran precedente en toda la anarquía internacional de la post-guerra.

Italia y Alemania, atraídas por las posibilidades de expansión, intriguaron en España para obtener nuevas posiciones estratégicas. La guerra civil ha dejado de ser, en ese sentido, una lucha interior entre dos bandos rivales; ha tomado, por muchos lados, el aspecto de un conflicto internacional. La primera batalla de la segunda Gran Guerra, tiene lugar en estos momentos en España. Una victoria de Franco sería una victoria para Hitler y Mussolini.

La intervención fascista en España no es un fenómeno aislado. Forma parte de una serie de acontecimientos cuyo comienzo data de septiembre de 1931, cuando los japoneses entraron en Manchuria. La facilidad con que Tokio llevó a cabo esta violación y la ineficacia de las protestas de las potencias extranjeras y de la Sociedad de Naciones, animaron, sin duda, a Mussolini en su decisión de atacar a Etiopía en octubre de 1935. Asimismo, el triunfo de Mussolini en África Oriental, a pesar de las tentativas de la Sociedad de Naciones y de Inglaterra para contenerlo, mostraron a Hitler que no tenía nada que temer rompiendo los Tratados internacionales y militarizando la Renania. Este suceso sensacional, fué aceptado tan tranquilamente, que Hitler y Mussolini se dieron cuenta de que les era posible desafiar al resto del mundo, sobre todo, si actuaban de común acuerdo. Esta es la prehistoria de su intervención en España. Y el hecho de no haber encontrado resistencia por parte de Inglaterra y Francia, ha aumentado su desprecio por las democracias vacilantes.

Un triunfo fascista en España, demostraría que hoy en Europa, quien triunfa es el osado. Teniendo en cuenta su potencia interna, estos países podían, entonces, lanzarse a otras aventuras en las que los beneficios logrados en España les supondría una ventaja para su iniciación. Las potencias democráticas estarían en peligro.

En la Gran Bretaña y Francia fueron muchos los que comprendieron estas verdades. Entre otros, el capitán Liddel Hart, experto militar británico, expresó su inquietud: «Una España militarizada y aliada a las potencias fascistas podría hacer a Gibraltar insostenible y hasta amenazar nuestra ruta a El Cabo, con la creación de una base aérea en las Canarias. Aún sería peor el peligro si una potencia hostil estableciese en las Baleares una

... y ellos se juntan

.....Porque, dada la estofa de que están hechos, no me atrevo casi a decir que «Dios les cría». Pero ellos se juntan. Se van a juntar... Todo, en su siniestro destino, les invitaba y conducía a ese funesto encuentro. El cual, por cierto, no es más que la evidenciación material, ostentosa y provocativa, de sus ya largas coincidencias. Nada importan las diversidades de su «ideal», muy interesantes sin duda a los efectos de otras valorizaciones, por ejemplo, las filosofías. La pureza aria, intentada y no lograda, a costa y a despecho de la justicia (porque para ellos eso que llaman «la raza», en un sentido zoológico, es antes que el derecho), lo mismo que ese grotesco mascarón vacío, esa carnavalesca caricatura del «Imperio», podrán ser cosas diferentes, pero tienden, de manera casi fatal a los mismos nocivos e insoportables resultados: la divinización de un hombre, por el indigno rebajamiento de todos los demás; la voluptuosa complacencia —con su pequeño complejo sensual en el fondo— en las fanfarronerías marciales y en los alardes espectaculares de los desfiles garbosos, con su «paso de ganso» y todas las demás «gansadas», a cambio de despreciar los verdaderos valores humanos, como la paciencia y el desvelo, la laboriosidad y la tolerancia, la libertad del espíritu y el servicio de la amistad; finalmente, el truco chulo de la amenaza y del reto, usado en proporción directa a la vergonzosa cobardía y, sobre todo, a la insigne estupidez con que les dejan los otros emplearle.

Todo eso, pese a cualesquiera diferencias, es patrimonio común del nazismo tudesco y del fascismo italiano, esos dos grandes defensores de la «cultura occidental». Querrán decir «accidental» o a lo sumo «accesoria»; materialidades y comodidades exteriores, mientras, en lo interior, la vida libre del espíritu se ennegrece de oprobio. ¿Qué querrá decir «civilización occidental» en la boca grosera de esos salvajes?... Cuando uno ha visto, como recientemente vimos en un Congreso internacional de Derecho, el aire borreguil con que unos pobres profesores alemanes, después de emitir unas tesis correctas, como de quien se atiene a su oficio, ofrecían el espectáculo lamentable de una suprema abdicación del pensamiento y de la crítica científica, declarando como resumen de su doctrina y monótono estribillo de su saber aprisionado que «el Führer es el único diputado del pueblo» (!!!), o que «el conflicto entre el poder ejecutivo y el legislativo lo resuelve Alemania mediante la feliz fusión de todos los poderes en la persona de su Führer» (llegando a afirmar, con una fe lastimosa y risible, que entre el pueblo y su dictador hay una invisible comunicación); cuando uno ha presenciado —como hace algunos años presenciábamos en cierta capital europea— la penosa escena que ofrecía un profesor italiano, hombre culto y maduro, bal-

buceando, en una polémica privada, excusas artificiosas para defender su fascismo, o se veía obligado a hacer humillantes concesiones reconociendo las gravísimas faltas del fascismo en el orden de la personalidad humana, que sus interlocutores le reprochaban; o cuando el pobre viejo decía:

«No sé si la censura me permitirá publicar el libro que sobre cuestiones religiosas vengo preparando hace veinte años.»

—La censura eclesiástica, quiere usted decir, —se le preguntaba. Y él tenía que aclarar vivamente:

—«No, no: la censura política... (!!!); cuando uno acaba de escuchar a gentes recientemente llegadas de Berlín que el famoso Doctor Schacht ya no puede más y quiere dimitir, por no hallarse conforme con lo que se hace y con lo que se le obliga a hacer, pero que no se sabe si el Führer se lo permitirá... cuando uno, repito, ha visto y oído todo esto y otras cosas por el estilo, sabe ya a que atenerse escuchando a esos bárbaros hablar de la defensa de la «civilización occidental».

No; basta de mentiras vergonzosas. Ya sabemos por qué y para qué se juntan hoy. Y por qué y para qué procurarán seguir juntos mañana. Lo que resultaría inexplicable y casi inconcebible si una triste experiencia de los medios europeos no le hubiese curado a uno de espantos y de sorpresas es que a estas fechas no se hayan empezado a «juntar» ya todos los que tienen o deben tener un interés en procurar que esos manejos y esas agresiones impúdicas y escandalosas, que ya no se busca siquiera disimular, se corten en seco y quede expedito el camino de la justicia internacional. Sobre el eje Roma-Berlín, empiezan a esbozarse otras formaciones más vastas: una dramática línea ideal (y tan real sin embargo) apunta su trazo divisorio sobre el haz de la tierra. Los que tenemos el deber frecuentemente penoso de presenciar de cerca el trágico espectáculo del mundo contemporáneo, nos preguntamos, sin perder todavía la esperanza, cuándo llegará el momento en que, ante la revolución del heroísmo popular español, la conciencia de los pueblos amenazados e insultados por el fascismo se despertará de su desdichado letargo o de su pavor suicida, y hará efectiva una política internacional de defensa y de dignidad. Pero aunque el pueblo español no necesite de esos estímulos para seguir su lucha, es conveniente que le digamos quiénes estamos más cerca de estas cosas, que la heroica y gloriosa levadura de ese posible renacer liberador de los pueblos frente a la amenaza y la abyección fascistas están en él, en su valor y en su sacrificio, valladar de la barbarie y principio de la futura redención.

JOSE M. de SEMPRUN GURREA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION)

base para sus aviones y submarinos.

También en Francia surgió una corriente parecida; la posibilidad de ver crear por Alemania e Italia otro frente en los Pirineos, lo que sería desastroso en el caso de que Alemania atacase la Alsacia y el hecho de que las fuerzas italianas establecidas en las Baleares impidieran que Francia trajera tropas coloniales de África del Norte a través del Mediterráneo, hicieron nacer en la burguesía una tendencia muy potente de simpatía hacia la España leal. Esto, añadido a la forma vigorosa en que la C. G. T. francesa tomó la defensa del Gobierno legal español, habría podido servir para obtener otros resultados más eficaces que el Pacto de la No Intervención.

En entrevistas concedidas a la Prensa, Franco ha declarado que él era fascista y que aprobaba el tipo del Estado corporativo italiano; se ha revelado en sus formas como un dictador fascista. Hitler le ha felicitado por ello. Mientras, la España leal no ha instaurado ninguna dictadura y sus jefes sostienen que seguirá siendo una democracia.

Rusia aplaude abiertamente esta intención.

(Continuará)

Este «Boletín»
se reparte
gratuitamente

Traducción de la carta dirigida por Marquis W. Childs, corresponsal en Washington del «Saint Louis Post-Dispatch», al Presidente de la Junta de Protección del Tesoro Artístico Nacional:

«Señor don Timoteo Pérez Rubio.
—Presidente de la Junta de Protección del Tesoro Artístico Nacional. — Valencia.

Muy señor mío:

Quiero darle a usted las gracias por haberme concedido el privilegio de poder visitar los lugares de seguridad habilitados para salvaguardar los tesoros artísticos procedentes del Museo del Prado. Me parece que se han tomado todas las precauciones posibles para proteger esta herencia nacional, siendo digno de señalar el que tal labor se haya hecho en tiempos de profunda crisis, durante los cuales han tenido los españoles necesidad de protegerse a sí mismos contra la más cruel y brutal agresión extranjera.

El Comité directivo de la Junta, merece, por su heroica labor, el reconocimiento de todo amante del arte. Por lo que a mí se refiere, me encuentro verdaderamente satisfecho de mi visita.

De nuevo le repito mi agradecimiento y le aseguro que haré cuanto pueda para informar a mi país

de cuál ha sido la labor realizada. De usted atento, etc.

Firmado: MARQUIS W. CHILDS
(Corresponsal en Washington del «Saint Louis Post-Dispatch».)

M. Herriot y el señor Alvarez del Vayo, asisten en Ginebra a la proyección de la película «La Tierra de España»

GINEBRA, 23 Septiembre. — M. Eduardo Herriot, Presidente de la Cámara de Diputados y miembro de la delegación francesa en Ginebra, asistió esta tarde acompañado del Señor Alvarez del Vayo, miembro de la delegación española, a la proyección de la película «La Tierra de España» del célebre escritor norteamericano Ernest Hemingway y del cineasta holandés Ioris Ivons. El Cónsul de España en Ginebra y el escritor Guillermo Ferrero, asistieron también a esta fiesta cinematográfica, que fué organizada por la Casa de España en dicha ciudad. Como es sabido, esta película ha tenido ya excelente éxito en varios países, especialmente en los EE. UU.